El dinamismo tendencial del hombre: tendencias y voluntad, eros y agape

Una vez estudiada la inteligencia y nuestro ser en la verdad, vamos a estudiar el deseo en el hombre, o a la persona como deseo. Veremos cómo desde las tendencias básicas, pasando por los apetitos sensibles, aparece un deseo que se abre en libertad mediante el dinamismo voluntario. Todos los pasos a dar exigen no perder de vista la unidad y complementariedad de los principios y dimensiones del hombre.

El hombre como deseo

Somos deseo, carne 'deseante', como se manifiesta desde nuestros apetitos más básicos hasta los amores más sublimes. Cuando veo el chocolate, lo deseo y me muevo para poseerlo y gozarlo. Cuando una mujer conoce al hombre de su vida, al que ya deseaba en figura, lo desea y comienza un camino con él que busca culminar en la mutua posesión y entrega. San Agustín en sus *Confesiones* nos muestra como ese deseo que nos constituye tiene una apertura absoluta, en el fondo —aun cuando no lo sabemos— deseamos a Dios. Por ese deseo infinito todo aquello en que esperamos encontrar una satisfacción plena nos va dejando insatisfechos y nos lanza de nuevo a buscar lo infinito; nuestro deseo, que tiene la fuerza de la sed, nos ayuda a ir encontrando el camino de vuelta a casa, dónde encuentra descanso la inquietud de nuestro corazón: Dios. También Santo Tomás de Aquino habla del hombre como el que tiene, el que es, un deseo natural de ver a Dios. Para él nuestro dinamismo más íntimo, nuestra naturaleza desea una unión con Dios que sólo puede ser culminada cuando Él se nos da.

Hay idiomas que conservan esta unidad del deseo de lo más sensible a lo más inmaterial en sus expresiones, así, p.e. en inglés puedo usar el verbo 'amar' (*to love*) tanto para decir que amo el chocolate, amo a mi esposo o amo a Dios. Esta continuidad, esta unidad entre lo corporal y lo anímico manifiesta que no hay ruptura entre eros (el nombre que los griegos dieron al deseo, a la concupiscencia[43]) y la *agape* (el amor de donación). La descripción del amor esponsal o de amistad lo pone de relieve. El deseo profundo del varón de vivir, de unirse, de hacerse uno con la mujer desvela dos estructuras de la persona:

1. El deseo erótico de posesión y gozo le lleva de modo natural a la entrega, a dar la vida por el amado deseado, el eros germina y fructifica intrínsecamente en la *agape*[44]; si no da este paso el eros se autodestruye. Así el enamoramiento comienza siendo un movimiento de posesión del amado, pero simultáneamente crece el movimiento de descentramiento, en el fondo el 'deseante' es poseído por el amado hasta el punto de estar dispuesto a cualquier cosa con tal de estar con él.

2. El movimiento del eros no puede culminarse si no es en la recepción del don que la otra parte puede o no hacer de sí misma. Si el otro no quiere dárseme y recibir mi entrega no hay nada que hacer. El deseo nos revela que somos seres interpersonales, nuestra carne 'deseante' es carne de comunión. La esponsalidad en la

43. PLATÓN en su diálogo *El Banquete*, aborda con profundidad muchas de las dimensiones del eros y su relación con el amor.
44. La encíclica de Benedicto XVI *Deus Caritas Est* subraya esta continuidad del eros con la agape. Sólo la agape es capaz de dar pleno cumplimento al movimiento que el eros ha iniciado. Esta visión contrasta con la de Nygren, luterano, para quien el eros está constitutivamente encerrado en sí mismo y contradice la agape.

diferencia de cuerpo de hombre y cuerpo de mujer muestra que no somos individuos autosuficientes. La persona se desvela como constituida por una estructura de donación amorosa que solo la comunión interpersonal puede completar.

Será el teólogo el que desde el don del Espíritu Santo en Cristo muestre de qué manera es su acción en el interior del hombre la única forma de dar plenitud a esta dinámica del deseo. Como filósofos nos quedamos en la puerta de lo apuntado: somos deseo, deseo de comunión, deseo de infinito, deseo de Dios.

Hemos de conservar siempre ante los ojos la unidad de la dinámica del deseo (sensible-espiritual) y su relación con el conocimiento, pues deseo lo conocido, lo que se me presenta suscita mi deseo, al mismo tiempo que la sed de infinito en mi interior es como un pre-conocimiento del Dios que hay, un anuncio de que Dios debe existir y ser amable pues sin Él el hombre, yo mismo, sería un absurdo imposible de entenderse racionalmente, es como si nuestra sed de Dios fuese el vaciado, el molde, de una figura que sería Cristo.

Pues bien, conservando esta unidad procedemos a analizar la dinámica del deseo desde las tendencias básicas hasta el amor.

Tendencias humanas e instinto animal

Gracias al dinamismo tendencial el ser humano se pone en marcha hacia su plenitud. Este dinamismo tiene cierto parentesco con nuestros hermanos los animales, aunque con una esencial diferencia: lo que en el animal son instintos cerrados en el hombre son tendencias abiertas. Esta apertura que vamos a describir permite acoger las aportaciones psicológicas de las escuelas psicoanalista y conductista a la vez que mostrar el ámbito de libertad personal que la misma dinámica tendencial humana abre.

En el animal el instinto está constituido de modo innato tanto en la finalidad o fondo como en la forma en que se realiza, así el instinto de supervivencia mueve al elefante a alimentarse (fondo o finalidad) y lo hace siempre de modo idéntico (según está determinado en su configuración específica). Además, cuando hay aprendizaje, este es corto y se limita a unos pocos aspectos que la genética ha dejado para ser completada. Las necesidades que buscan satisfacer los instintos animales son comunes a todos los individuos de la especie (todos los canguros tienen las mismas necesidades, todos los topos necesitan lo mismo por su naturaleza). Aunque el instinto es un dinamismo complejo que implica al apetito, el objeto que afecta al individuo estimulando el instinto según su capacidad de conocerlo, sin embargo, su cumplimiento es fijo, prácticamente inmutable, de una gran eficacia y en ese sentido perfecto, gracias a que la respuesta se da prácticamente de modo automático.

Las personas tenemos tendencias que están dotadas de gran fuerza, son poderosas, a veces muy poderosas. Entre los rasgos de las tendencias humanas hay una apertura que no está presente en los animales y que instaura una conducta libre no predeterminada por la necesidad biológica, nuestra biología no es predeterminante, nuestra biología posibilita el reino de la libertad, hasta el punto de que sin ejercer la libertad no podemos vivir. Esta libertad se edifica sobre de las tendencias humanas

cuya finalidad —que nos viene dada de forma innata— está en nuestra estructura. Así, por ejemplo, el fondo de la tendencia sexual es la reproducción, esta verdad de nuestra biología es verdad de nuestra persona y orienta toda la tendencia sexual. Pero siendo una de las tendencias más fuertes sin embargo las personas no tenemos "estrictos" periodos de celo (las personas podemos procrear todo el año) que nos determinen al apareamiento *velis nolis* (podemos elegir, refutar, posponer, ser célibes); la sexualidad aún con toda su fuerza no constituye en nosotros un instinto ciego, una fuerza imperativa que se impone con necesidad, por el contrario, desde sí misma se abre y pide su cumplimiento de un modo personal y libre. Pero como su forma de cumplimiento no está cerrada, por su apertura puede y debe ser integrada en fines que vienen de otros principios humanamente más radicales, como por ejemplo del amor interpersonal. También por esta misma apertura podemos traicionar su sentido originario, escindir las dimensiones de esa tendencia, incluso usarla de modo que contradiga el fondo originario y nos haga daño como especie, como individuos o como personas en el nivel moral.

La forma en que la tendencia humana se realiza está abierta a una infinidad de posibilidades, piénsese, por ejemplo, en la creatividad casi infinita de la cocina con lo que satisfacemos nuestra tendencia innata a alimentarnos. Nuestras tendencias son sumamente plásticas y están abiertas a la influencia cultural de manera que son moldeables, pero hasta cierto punto y dentro de ciertos límites —podemos comer de infinitos modos, pero no podemos alimentarnos de alfileres—. Que la forma de satisfacción de la tendencia sea moldeable no significa que todas las formas sean igualmente válidas y humanas. Así para conocer la bondad personal y moral se requiere a veces un estudio adecuado y detallado que armonice la verdad de la tendencia en la verdad de la persona. Además, la apertura de la tendencia humana es variable según los individuos, esto quiere decir que no todos los individuos tenemos las mismas inclinaciones ya que podemos añadir nuevas tendencias a las innatas, como se dice en el lenguaje ordinario: los hombres nos creamos necesidades; y ¡cuántas veces las necesidades creadas adquieren una fuerza incluso mayor que tendencias muy básicas!

La apertura de las tendencias humanas se manifiesta también en el espectro de objetos que pueden suscitar o estimular la respuesta del apetito, el esquema tendencial humano es abierto, mientras en los animales es un número limitado de objetos los que puede suscitar una respuesta (así por ejemplo en el periodo de celo el animal se ve excitado por los congéneres de sexo opuesto y ya está) en el hombre cualquier objeto puede convertirse en objeto capaz de estimulación (esto posibilitó la lectura freudiana del significado erótico de objetos que no tienen relación con la libido en sí mismos).

Debido a esta apertura nuestras tendencias no son tan eficaces y perfectas en su cumplimiento como los instintos animales y han de ser perfeccionadas mediante hábitos hasta convertirse en cualidades estables. La filosofía moral encuentra aquí una de sus fuentes y campo de estudio.

Instinto animal	DINAMISMO	Tendencia humana
Innata	**Finalidad**	Innata. Abre el sentido.
Innata. Posible aprendizaje, corto y cerrado, inmutable	**Forma de cumplimiento**	Abierta, gran plasticidad, mediada culturalmente, creativa
Clausurado genéticamente	**Número de necesidades**	Abierto: nos creamos necesidades
Cerrado: solo los objetos propios estimulan el instinto	**Esquema**	Abierto: cualquier objeto puede asociarse a una tendencia
Perfecta desde el inicio	**Eficacia**	**Perfectible mediante hábitos, sin ellos es falible**
Se cumple con necesidad	**Necesidad y libertad**	Requiere la **libertad** personal

Conviene reiterar que abierto no significa que todas las posibles modulaciones de la tendencia sean neutrales o indiferentes desde el punto de vista práctico ni para su consideración moral. P. e.: podemos satisfacer la sed de muchas maneras, todas ellas se orientan en el fondo a quitar la sed e hidratarnos, pero no es igual de eficaz ni sano beber agua que vinagre. Tampoco desde el punto de vista moral, más amplio, da lo mismo hartarse de agua que de alcohol. Otro tanto podría aplicarse a otras tendencias básicas como la reproductiva; aún antes de hacer entrar en consideración su significado más personal, ya se manifiesta que no todo lo posible es adecuado al fin de la tendencia, ni todo lo posible es moral, ni nos realiza en el marco personal; aquí entra en juego nuestra libertad con su responsabilidad. Que la tendencia no esté cerrada no nos debe llevar a negar la verdad del fin al que tiende y del que surge. Si lo hacemos nos negamos a nosotros mismos. Tenemos la tarea de leer la tendencia desde la persona para captar su hondura personalista y nutrir la persona desde la verdad de la tendencia: movimiento complementario, así, la tendencia sexual se comprende en su profundidad desde el todo personal a la vez que su verdad más biológica se integra significativamente en el ser personal, la sexualidad no es una cosa que se tenga, sino una dimensión tendencial y personal que se es, y que está confiada a la responsabilidad de nuestra libertad.

En el dinamismo tendencial se muestra que las personas no somos meros **agentes** automáticos que cumplen un programa genético, sino que, por la peculiaridad inconclusa de nuestra genética, somos **actores** que representamos nuestra naturaleza de un modo personal y que, además, desarrollamos nuevas formas de realizar la humanidad: somos **autores** creativos de nuestra vida. Estas tres dimensiones se conjuntan y armonizan, no se superponen o relacionan conflictivamente.

Tendencias básicas: apetito concupiscible e irascible con dominancia de lo sensible

Hay una coincidencia en la historia del pensamiento en señalar y describir dos tendencias básicas en el hombre con las que reaccionamos ante las realidades que conocemos: la concupiscencia y la ira. Ya en el mito del carro alado Platón muestra en el alma dos caballos, dos fuerzas motoras básicas de la persona: la concupiscen-

cia que arrastrará al hombre al mundo material y la ira. Estos dos impulsos se corresponden con el ejercicio de dos virtudes: templanza y fortaleza. A su vez estas dos pulsiones deberán ser dirigidas por la prudencia. Este descubrimiento fue mantenido y estudiado con detalle en la Edad Media donde se incide en el carácter de deseo, de apetecer, llamándolas apetitos sensibles y pasando a describir su funcionamiento con detalle. También Freud apunta en esta dirección cuando junto a la libido (eros) acaba admitiendo la existencia del impulso de la ira (*thánatos*) que surge del choque con el principio de realidad.

Cuando la persona conoce algo, aunque sea en el nivel sensible más elemental, lo conoce como bueno o malo para él y reacciona tendencialmente buscándolo o rehuyéndolo, son los movimientos básicos: concupiscencia e ira. La persona no se queda estática, somos dinamismo y respondemos al estímulo personalmente.

1. Así, nuestro **apetito concupiscible** ante el bien percibido se manifiesta como **amor**. Un amor sensible que **desea** lo que no posee aún y que se **goza** en lo deseado cuando lo alcanza: deseo y alegría o gozo son los movimientos que surgen ante lo bueno desde este apetito. Pero cuando lo que percibimos aparece como destructivo, como malo, nuestra tendencia concupiscible nos mueve al rechazo, **odiamos** ese mal. El movimiento de odio nos permite estar sobre aviso mediante el **temor** ante el mal que se anuncia; y se manifiesta como tristeza cuando el mal entra en nuestra vida, **tristeza** que nos sirve para buscar librarnos de ese mal.

2. Por su parte con **el apetito irascible** somos capaces de buscar bienes difíciles, a largo plazo, o de resistir males fuertes y reaccionar ante ellos. Ante la propuesta de un bien difícil y alcanzable la ira nos empuja a perseverar mediante la **esperanza** de lograrlo. Cuando ese bien difícil lo conocemos como imposible la misma ira nos paraliza de modo que no gastemos energías de más, mostrándose como **desesperanza**. En cambio, este mismo apetito ante el mal presente nos hace reaccionar con **cólera**, una cólera que nos lleva a oponernos al mal, a intentar eliminarlo, a poner las cosas en su sitio. Si el mal aún no ha llegado, pero lo vislumbramos como superable, como algo que podemos vencer, la ira nos proporciona impulso para lograrlo, es la **audacia**; en caso contrario nos invade un **temor** que puede llegar a paralizarnos.

Ira y concupiscencia son pues dos dotes de nuestra naturaleza que ponen en marcha nuestra dinámica de realización y protección, son esenciales para nuestra vida y desde ellas se nos lanza al infinito. ¡Ojo!, no confundamos estas tendencias con los pecados que estudian los moralistas, ni con, por ejemplo, la concupiscencia de que hablan las Sagradas Escrituras, como causas del alejamiento de Dios. La teología moral estudia legítimamente los desórdenes que el pecado provoca en el hombre y también en sus tendencias. Pero previamente a toda consideración moral la *Antropología Filosófica* estudia estos apetitos como son en sí mismos: buenos, pues sin suficiente ira una persona se rinde, cae derrotada antes de tiempo, no persevera; si no deseamos con fuerza, si no somos mujeres y varones de deseos, no gozamos ni buscamos metas tan importantes como la santidad o la comunión interpersonal. Un fallo en el eros puede desembocar en una desmotivación enfermiza tipo depresión, por ejemplo. Siempre hay que huir de la moralina que puede llevar al absurdo,

en este campo, de reprimir el deseo y la fortaleza, dones creaturales que Dios ha dado al hombre. No hay que reprimir el deseo, hay que desear hasta el fondo, desear bien, desear lo mejor, desear conforme a nuestra realidad. Lo que hay que combatir son las formas defectivas, no personales, del deseo y de la ira.

Voluntad

La capacidad humana de desear, de querer, de amar no se explica suficientemente con las tendencias de origen más sensible: concupiscencia y fortaleza. Como ocurría en el entendimiento —que los sentidos estaban como transfigurados por la inteligencia— así ocurre con las tendencias sensibles que se encuentran transfiguradas por la voluntad. Podemos caracterizar la voluntad como aquella facultad del hombre cuyo acto es amar.

Por el hecho de estar dotados de voluntad cuando el hombre conoce con su inteligencia sitúa a lo conocido en el ámbito del bien. Las personas humanas no conocemos las cosas primariamente de un modo teórico, junto a su esencia o su verdad nos viene dado su carácter de buenas o nocivas para nosotros, las conocemos como buenas. Es la voluntad la que abre, abriendo toda la persona, el ámbito de la realidad como buena. Esto lo podemos observar en experiencias muy cotidianas. Dos ejemplos, uno muy sensible y otro más espiritual: cuando veo el chocolate en el supermercado me veo inclinado hacia él e intento poseerlo comparándolo para comérmelo, es bueno para mí. Es decir, hay una tendencia en mí, activada gracias a la inteligencia, que me pone en marcha hacia lo conocido. En el caso de que sea algo nocivo me lleva a rechazarlo, a poner distancias. De modo paralelo cuando contemplo una acción heroica, por ejemplo, un policía salvando un niño, lo humano no es quedarse indiferente, sino el darse cuenta de la bondad y querer emularla, verse inclinado tendencialmente hacia ese bien. Como estos bienes no son puramente conocidos por los sentidos ya que nosotros no tenemos un conocimiento puramente de estímulos como los animales, sino una inteligencia sentiente, la tendencia o apetito que nos lleva hacia el bien ha de ser una tendencia o apetito racional. Esto es lo que denominamos voluntad.

- La apertura al bien en general, a todo lo real en cuanto que bueno, lo que solemos denominar felicidad, es el primer rasgo del querer. La persona se convierte en un centro desde el que tiende hacia la realidad a la que se ha abierto o como buena. Hay desde la capacidad de amar una primera versión hacia la realidad desde nosotros de aceptación y de bondad. Este ámbito fue denominado por los filósofos medievales como *voluntas ut natura*, con lo que subrayaban que la inclinación natural del hombre en su voluntad es hacia el bien, sea éste el que sea. De ahí que nos veamos movidos siempre por el bien, incluso cuando queremos el mal lo podríamos amar ya que en él hay algo bueno. Unamuno describía esta capacidad del yo humano de constituirse como un centro de bondad con la palabra 'egotismo'. El ámbito del amor, el ámbito de lo bueno se abre desde el yo, todo es querido en relación a mí en cuanto que en esa relación conmigo se establece y se percibe su bondad. Esto no implica el egoísmo de querer de manera interesada, excluyente de los demás, consiste simplemente en constatar que lo amable aparece como amable gracias a su relación con nuestra capacidad de amar.

- Ese ámbito de bondad que abrimos ha de ser completado con bienes concretos. Esto se realiza mediante la cooperación de la inteligencia con la voluntad que le va presentando las diversas realidades amables. Esta dimensión de la voluntad ha sido llamada *voluntas ut ratio*. Con ella se delibera, decide y ama un bien concreto.

Es importante señalar que la apertura de la voluntad es infinita, es decir: podemos amar y querer todo, no sólo aquellas cosas que excitan nuestras tendencias más básicas. Tendemos al bien, siempre al bien, pero es un bien en general, todo en cuanto que bueno. En ese sentido nuestra voluntad está abierta al infinito y por la misma razón ningún bien particular, siempre limitados y finitos por elevados que sean, podrá saciar del todo nuestra capacidad de amar. Sólo un ser infinito amado infinitamente colmaría nuestra sed. He aquí la raíz de la sed de Dios que Agustín describió con tanta belleza. De ahí también que un rasgo que nuestra voluntad aporta a la persona sea la libertad: estamos sueltos, no determinados por aquello a lo que tendemos. Ningún objeto nos determina. Somos libres y tenemos que elegir en libertad, no nos queda más remedio que ser libres, que elegir. Dejar de ser libre es lo único de lo que no somos libres, es la parte de verdad en torno a la libertad que descubrió Sartre cuando afirmó que "el hombre está condenado a ser libre".

Esta apertura infinita manifiesta además que la voluntad es una facultad de tipo inmaterial. El carácter espiritual de la voluntad es corroborado por su capacidad reflexiva. Del mismo modo que la inteligencia vimos que es reflexiva: el hombre sabe que sabe, tiene autoconciencia; así la voluntad es también reflexiva: podemos 'querer querer', no solo queremos cosas, acciones o personas, sino que la voluntad puede convertirse a sí misma en objeto de su volición. Otro aspecto de esta reflexividad consiste en que cuando queremos cualquier cosa al mismo tiempo nos estamos queriendo a nosotros mismos en cuanto configurados por la apropiación de eso que hemos amado. Así, p. e., al decidirme por dar una limosna no sólo he querido la limosna, sino que me he querido a mí en cuanto generoso. Esta reflexividad no tiene porqué ser consciente y expresa, de hecho, la mayoría de las veces no lo es, pero siempre está ahí de modo concomitante, quizás en una acción negativa esto se vea con claridad, cuando uno elige decir una mentira se ha querido a sí mismo como mentiroso. La voluntad es una capacidad de amar que tenemos por ser personas espirituales, pues es una facultad inmaterial. No hay un órgano para amar, como tampoco la mente es un órgano, aunque se apoye en el cerebro que es donde reside la sensibilidad. Quien ama es la persona entera mediante su facultad de amar, no hace falta recordar que el corazón en sentido literal es un músculo que bombea sangre. Sólo en un sentido metafórico la palabra corazón significa el centro de decisiones de la persona.

Ha habido quienes han negado la existencia de la voluntad.

1. **No habría voluntad, solo inteligencia**. Los intelectualistas reducen la voluntad al entendimiento. La decisión y el querer no es fruto de una facultad distinta de la inteligencia, sino una mera conclusión de razonamientos. Decidir sería en la práctica deducir. Sócrates adolece de intelectualismo cuando afirma que el mal equivale al error y la ignorancia; y que sólo con la educación de la verdad el hombre haría el bien. Si bien la educación es esencial, no basta, ¡cuántas veces conociendo la verdad elegimos el mal! También algunos racionalistas como

Spinoza elaboraron una teoría ética de estilo geométrico, deductiva, racional. También lo que Nietzsche denomina "voluntad de poder" de modo paradójico no es cuestión de voluntad, sino que consiste en la eliminación del amor y el triunfo de la razón técnica y poderosa sobre el mundo humano. Que la voluntad existe y es distinta del entendimiento se comprueba en experiencias cotidianas: conocer a alguien es distinto de amarlo. No por conocerlo lo tengo que amar, si bien el conocerlo puede inclinarme a amarlo y el amarlo llevarme a conocerlo más, pero se ve claramente que no son lo mismo. Conocer una pintura de Picasso y amarla son dos cosas distintas. Schopenhauer reaccionó contra el intelectualismo sosteniendo el polo opuesto: todo es voluntad, lo que cuenta es lo irracional. Su posición llevó a una exaltación del amor romántico como irracional. Postura tan errónea como su contrario. En el amor es necesario el equilibrio y la reciprocidad entre inteligencia, voluntad y sentimiento, intelectualismo, voluntarismo y sentimentalismo (emotivismo) rompen la unidad dimensional de la persona.

2. **No hay voluntad, solo tendencias sensibles**. Muchos de los materialistas y sensistas piensan de esta manera. Para ellos lo que llamamos amor y decisión tan sólo serían complejas relaciones entre las diversas tendencias sensibles que luchan entre sí en caso de conflicto. Así, p. e., si decido perdonar la ofensa de mi hermano, no es que haya decidido con mi voluntad hacerlo, sino que lo ocurre sería una la lucha entre el apetito irascible y el concupiscible de la que. en esa situación, sale victorioso el concupiscible. Con acentos distintos piensan de este modo el ilustrado Hobbes, el evolucionista materialista Spencer y el psicólogo Freud, así como ciertos asociacionistas. A todos ellos habría que decirles que su postura es insuficiente porque en la decisión media la inteligencia humana, no solo unas meras sensaciones; pero además la experiencia prueba su error: podemos, como hombres, negar la tendencia sensible sin oponerle otra. Puede que a veces sea difícil y que cueste mucho, pero podemos ayunar, resistir la tensión sexual y ser castos, contener la ira. Y si podemos hacerlo es porque tenemos esa facultad de amar, la voluntad que impera, gobierna, sobre las tendencias básicas y las sensibles.

3. **No hay voluntad, es la sociedad la que decide por nosotros**. Esta postura inspirada en Durkheim y su estudio de la presión social tiene una parte de verdad, pues la presión social es algo muy real que todos experimentamos, basta con caer en la cuenta de nuestros "bienquedismos" y nuestros respetos humanos. Sin embargo, es igualmente cierto que podemos resistir la presión ambiente, ser rebeldes y cambiar la sociedad. Haber presión hayla, pero no esta presión no nos determina porque nuestra voluntad existe.

Agente, actor y autor

La voluntad no tiene que estar necesariamente en acto, activa, de modo permanente. Esto ha llevado a establecer una distinción muy importante, sobre todo para la moral, en los actos que hacemos: aquellos actos que realizamos con un pleno ejercicio de la voluntad se denominan **actos humanos**, otros actos en los que no media un ejercicio de la voluntad (automatismos como respirar, el soñar, actos reflejos, etc.) se denominan **actos del hombre**. Como resulta obvio sólo somos responsables de los primeros.

Además, un acto voluntario puede ser espontáneo y no deliberado, como es el caso de la respuesta automática a un saludo. En casos extremos estos actos podrían llegar a no ser libres.

Tienen que ver también con lo que se denomina primer movimiento en moral, así por ejemplo una violenta reacción de ira ante un ataque puede ser un movimiento espontáneo no deliberado del que no respondemos del todo, pues sólo somos capaces de controlarlo en un segundo movimiento. A su lado estarían los actos voluntarios deliberados.

Como puede verse, el ejercicio de la voluntad admite modos y grados diversos. En la filosofía de Ortega y Gasset alcanzó bastante notoriedad, y de hecho sus discípulos se hacen eco, la distinción entre los actos de los que el hombre es **agente, actor y autor**. Hay acciones que proceden de nosotros como meros agentes, son actos del hombre no voluntarios. En otras ocasiones nuestras acciones nos pertenecen como meros actores, no podemos decidir sí hacer este papel o hacer otro, sin embargo, la voluntad sí que es ejercida pues puedo desempeñar el papel a gusto o a disgusto, con mayor o menor perfección, e incluso con un margen de creatividad. En la medida que se da ese carácter de creatividad van apareciendo el conjunto de acciones que nos pertenecen de una manera más íntima, aquellas por las cuales nos convertimos en autores de nuestra vida. Resulta hermoso cómo se interrelacionan estos tres tipos de acciones, y también debemos darnos cuenta de qué manera, mediante el uso de nuestra voluntad, podemos ir ampliando el dominio sobre diferentes facetas de nuestra biografía, convirtiéndonos cada vez más en autores libres de nuestro destino.

Mediante el uso acertado de la voluntad nos vamos desarrollando, crecemos y maduramos nosotros mismos. Es la voluntad como facultad de amar la que permite ir realizando la vocación plenaria de nuestra vida: la tarea más hermosa y profunda de la voluntad es querernos a nosotros mismos como amantes en plenitud, seres capaces de amar de veras.

La voluntad en cuanto facultad es patrimonio de toda persona humana, y puede desarrollarse gracias a su relación adecuada con las pasiones, su perfeccionamiento mediante los hábitos virtuosos, y con el conocimiento de la verdad y el bien que la ayuda en su motivación y caminar hacia su plenitud. A veces decimos que de alguien que "esta persona tiene gran fuerza de voluntad", como si algunos privilegiados tuviesen más voluntad que otros. Sin embargo, no debemos dejarnos engañar por esta expresión, cualquier ser humano puede ir desarrollando su voluntad si practica y pone los medios. No hay personas que por origen tengan más voluntad que otras.

Como seres limitados nuestra voluntad es falible, la falibilidad es condición del ser humano como criatura. Sin entrar a considerar lo que la doctrina del pecado original nos desvela acerca del hombre y su querer desde la teología, todos constatamos que no siempre hacemos el bien que queremos, esta experiencia es universal.

Pero que seamos falibles no significa que no podamos amar o querer para siempre, el hombre por estar dotado de voluntad es capaz de compromiso, de fraguar una decisión de entrega capaz de vencer al tiempo mediante la fidelidad. Una buena noción de fidelidad sería "el amor que vence al tiempo". La fidelidad está muy lejos de la mera inamovilidad y del dejar transcurrir las cosas sin hacer nada.

Fidelidad

La **fidelidad** está muy relacionada con nuestra capacidad de realizar una **elección fundamental** que sirva como norte e hilo conductor en torno al cual se articulen todas nuestras acciones haciendo que nuestros esfuerzos confluyan en esa tarea. Se trata de una elección central en la cual ponemos todos nuestros recursos. Elegir un norte y hacerlo bien es esencial para dar unidad, coherencia y autenticidad a la vida. No cualquier meta es un buen norte. Cuanto más elevado en su valor y más intrínseco a la dignidad personal sea el norte elegido, mejor: el bien, el amar, Dios, los demás, la honradez, etc. Bajo ese norte se articularía la vocación profesional, las relaciones interpersonales, etc. Sin embargo, llegar a realizar una elección fundamental no es sencillo, hoy mucha gente vive dispersa sin haber elegido, y a veces condicionada hasta no poder elegir, por el momento esa meta o norte central. El relativismo es una de las causas de esta dificultad; sin un norte la persona se fragmenta en sus esfuerzos y no construye una personalidad madura, no realiza un proyecto vital.

Por otro lado, el haber realizado una elección fundamental hace que las sucesivas elecciones fortalezcan ese norte y que cada día resulte más difícil apartarse de su elección. Sin embargo, hay que ser conscientes de que esta elección se pone en juego en cada acción, queda comprometida en cada acto. La elección fundamental se renueva cada día y en cada ocasión, consiste en decir el sí que dimos a alguien, por ejemplo, en el matrimonio o en una vocación religiosa, una y otra vez; reforzando y renovando su carácter fundamental con cada sí nuevo que vamos pronunciando a lo largo del día todos los días. No tiene sentido desde la elección fundamental decir: "Como voy a Misa todos los domingos no pasa nada porque este no vaya", o "Como soy fiel a mi esposo todos los días no pasa nada porque hoy lo traicione". Es precisamente lo contrario. Si se falla se falla, pero cada vez será más difícil fallar. Cuanto más la elección se confirme más firme se hace y más difícil se vuelve el no, pero un no puntual atenta contra todo ese sí y es experimentado como negación con más hondura y sensibilidad. Es así como el hombre peregrino que somos, homo viator, va desarrollándose en integridad y armonía.

Querer: unidad entre *eros y agape*, amor de concupiscencia y amor de benevolencia[45].

El querer más genuinamente personal arranca e inicia en conexión con el deseo. No hay contradicción esencial ninguna entre deseo y amor, aunque existencialmente haya situaciones en que se los pueda vivir en conflicto, contradictoriamente. El movimiento natural del deseo (*eros*) culmina con la experiencia de la entrega o donación de ser (*agape*). No se trata de dos movimientos sino de uno solo. La experiencia del amor interpersonal en el enamoramiento confirma esta unidad. El inicio está marcado por el deseo de poseer y gozar del otro que nos ha deslumbrado por sus cualidades como su bondad, su inteligencia, su belleza, su generosidad, etc. (amor de concupiscencia o *eros*[46]). Este deseo de posesión conduce al enamorado al descubrimiento progresivo de que sin el otro su vida está vacía, a reconocer que no es él el que posee al otro

45. Aunque Eros/Concupiscecia y Agape/Benevolencia no se superponen con exactitud dejamos ahora los matices al margen. La unidad entre Eros y Agape ha sido bellamente defendida por Benedicto XVI en *Deus Caritas Est.*

46. El amor de concupiscencia sería inicialmente egoísta y posesivo, no en sentido moral: lo querido es medio para mi felicidad, y está marcado por el carácter de vacío se quiere lo que no se tiene.

sino el que es poseído por el otro. El sentimiento de los celos lo muestra claramente: en el fondo no poseo lo que desearía poseer, sino que soy poseído y arrastrado por él. Superar los celos reconociendo la verdad del dinamismo supone una maduración intrínseca de la vivencia del amor que lleva a vivir para hacer feliz al otro. El enamorado hace lo necesario para que el otro sea en plenitud, el movimiento de posesión se transforma naturalmente en un movimiento de salida de sí mismo o éxtasis. Este hacer feliz al otro significa quererlo bien (amor de bene volencia), queriendo el bien y lo mejor para él, aún a costa de la propia renuncia[47].

La estructura de la experiencia amorosa manifiesta además la intrínseca relacionalidad de la persona que no puede alcanzar su plenitud de modo autosuficiente ya que el otro solo puede ser recibido si él decide donarse: complementariedad y donación forman parte de la experiencia del querer como rasgo de la persona. De ahí que el querer tenga también una dimensión de responsabilidad en el sentido de que se responde al don del otro y se provoca que el otro responda al don de uno mismo. Se muestra así la continuidad de un amor que tiende a la totalidad armonizando la dimensión corpórea, la psicológica y la personal. Él es el hombre entero el que quiere, como se dice en el lenguaje de la calle: se ama en cuerpo y alma o no se ama. De ahí que la culminación y éxito en el querer esté en relación directa con el nivel de auto-posesión que el amante tenga, se podría formular una regla: a más auto-posesión más capacidad de donación, cuanto más se es dueño de uno mismo mediante las virtudes como la templanza y la fortaleza, por ejemplo, más puede uno entregarse: Si hay máxima auto posesión puede haber máxima donación. Por ejemplo: hay que ser muy dueño de uno mismo para dar la vida por los demás.

Hemos dicho que la *agape* es un amor que quiere el bien (bene-volencia) del otro. La benevolencia tiene varios rasgos:

1. Busca el bien real y personal, por ello intenta conocer el bien y vivir en la verdad: no será un querer de complicidades en el mal que lleva a la destrucción moral propia o del amado.

2. Quiere al otro tal y como es, no quiere una ficción de él, un otro imaginario. El querer toca la realidad del amado consciente de sus lagunas y carencias ya descubiertas o por descubrir. Es un querer pleno y realista, que además descubre sus potencialidades.

3. Por ello buscará que el otro desarrolle sus virtualidades y rasgos al máximo, muy lejos de controlarlo, tenerlo sometido o intentar que se parezca a uno mismo (hacerlo a su imagen). La agape busca que el otro sea mejor y favorece que dé de sí lo mejor.

La *agape* como amor de benevolencia quiere la plenitud del otro, busca afirmar y gozarse con su ser, no el propio sino el del otro: ¡qué bueno que existas!, afirma. Se ama al semejante como fin en sí mismo y se busca la comunión con él, hasta el punto que dentro del amor personal se hace bueno lo amado, no porque el amor

47. El movimiento de éxtasis está incoado por el eros, la persona ha de salir de sí, necesitada del don del otro y simultáneamente necesitada de entregarse al otro para su plenitud. Este rasgo se transfunde desde las estructuras biológicas básicas a las espirituales más elevadas. Éxtasis está tomado en su sentido literal de salida, no en el sentido específico que adquiere en la teología espiritual.

cierre los ojos, al contrario, porque el amor tiene un poder transformador. El amor amplía la razón permitiendo descubrir en el amado lo que otro no ve. En lenguaje popular a veces escuchamos: "no sé qué habrá visto esa chica en él para casarse", el amor permite ver, tiene una dimensión revelativa sobre la verdad del amado. Además, y quizás de manera más potente en la modulación femenina del amor, la agape descubre en el amado lo que todavía no es pero puede llegar a ser y apuesta por esa verdad futura jugándose la vida para hacerlo posible. Otro ejemplo, cuantas veces la mujer al enamorarse ve el padre y el hombre que su amado puede llegar a ser, aunque todavía no lo sea. Es cierto que se corre el riesgo de equivocarse, pero también es cierto que este conocimiento del amor que llega al núcleo de la persona y sus posibilidades de plenitud es algo perfectamente real y que permite a muchos dar de sí plenitudes personales que de otro modo nunca se realizarían.

La voluntad necesita de la cooperación del conocimiento. No puedo querer si no conozco y cuando conozco algo como bueno mi voluntad se inclina, tiende a ese bien de manera libre. Por eso el bien resulta atractivo y nos mueve: así cuando tenemos noticia de una acción moralmente hermosa, p.e. un bombero que se juega la vida por salvar un niño en un incendio, nuestra voluntad nos mueve a la admiración y la imitación: queremos, deseamos ser así, capaces de actuar de ese modo. También los bienes de rango inferior resultan atractivos: un oloroso guiso no sólo es un dato para la inteligencia, sino que atrae nuestro deseo inclinando nuestra voluntad a probarlo. Gracias a este carácter tendencial de la voluntad los hombres caminamos hacia el bien.

Si bien nada es querido en sí mismo si no es previamente conocido, hay en nuestro querer una especie de "vaciado", de imagen en "negativo fotográfico" del infinito y absoluto único capaz de llenar y calmar el deseo. Por eso nada finito, ni si quiera el amor esponsal, calma absolutamente el corazón humano. Esta apertura infinita en nuestro deseo y querer es como un pre-conocimiento de Dios, un no-saber que al menos sabe que lo finito que vamos amando no es todo y que debe existir alguien capaz de llenar nuestra sed. Así somos capaces de ir encontrando el camino a casa, el camino a Dios y cuando lo encontramos nos damos cuenta de que en este sentido ya lo conocíamos, de que lo reconocemos como lo más íntimo pues llevábamos su huella dentro de nosotros. Es la experiencia personal que S. Agustín nos narra en sus *Confesiones*. Por eso también el auténtico amor de amistad y esponsal no convierte al amigo o al cónyuge en un ídolo absoluto, sino que sabe integrarlo con el amor de Dios desde el que adquiere sentido y se hace posible.

A través de nuestro conocimiento conocemos lo real, su ser y su esencia. Pero como además tenemos la facultad de querer, la voluntad, lo que conocemos es conocido también como bueno o malo para nosotros; resultando que es captado, gracias también a la mediación de la afectividad, como valioso o dis-valioso. Ha sido Max Scheler el pensador que en el s. XX ha estudiado con más atención la intuición emocional de los valores hasta sostener que su captación requiere de una capacidad distinta de la razón práctica, este extremo es discutible, sin embargo, es absolutamente cierto que los sentimientos influyen reforzando y descubriendo el carácter valioso de la realidad. Así, p. e., el conocimiento teórico del veneno de una serpiente es "neutro", se lo conoce en sí mismo con sus rasgos propios, y en ese sentido es una riqueza, un bien del mundo natural, lo que en metafísica se estudia como bien

trascendental. El veneno en sí no es ni bueno ni malo. Ahora bien, en cuanto que al conocerlo lo ponemos en relación con nuestra propia esencia humana, con nuestra naturaleza, el veneno se descubre como malo o dañino en relación a nosotros. Es parte de su verdad relacional con nosotros, es una verdad objetiva y moral, relacional no significa relativista. El veneno es nocivo para mí objetivamente, igual de objetivamente que es bueno para la serpiente que con él se defiende. Por más que uno se empeñase en que el veneno es bueno, si se lo toma sufrirá las consecuencias. Por eso la bondad que se descubre en la captación moral es relacional y consta de una doble fuente de objetividad: la esencia en sí de lo captado y la objetiva relación de lo captado con mi esencia personal, también objetiva en sí.

La captación de las realidades como buenas o malas es posible gracias a que en todo acto de conocimiento hay una dimensión reflexiva con un autoconocimiento de quienes somos: así al conocer algo lo conocemos en relación con nuestra verdad. Sin embargo, es responsabilidad de cada persona cuidar el conocer la verdad acerca de la persona humana, su esencia, tanto como la verdad de las cosas y de las acciones. Es así como justificamos nuestras acciones, nos justificamos a nosotros y justificamos nuestra vida, nuestro proyecto: en la verdad relacional somos justificados o no.

En la verdad personal, no lo olvidemos, está incluida nuestra dimensión trascendente y religiosa, nuestra apertura al infinito que ilumina cada paso de nuestra vida. Desde el origen nos viene dada la capacidad de verdad de la acción moral para que nuestro querer esté orientado a la plenitud y felicidad con acierto, pero es tarea personal el alimentarla con la práctica y el conocimiento de la verdad, y además seguirla libremente.

Podemos decir que respecto a algo:
Lo quiero porque es bueno.
No es bueno porque lo quiero.

Aunque pueda convencerme a mí mismo de lo contrario a esto último y fingir que las cosas son buenas porque las quiero, porque me apetecen, la realidad es testaruda y experimentaré antes o después las consecuencias. La tarea del hombre está en irse apropiando lo bueno y lo mejor con su libre voluntad y no conceder poder a aquello que no es conforme a la verdad de la persona. Sartre y Nietzsche para defender la libertad acaban negando lo primero convirtiendo al hombre en creador de valores, en un ser sin la luz de su naturaleza personal para el camino. De ese modo en el momento de dar cada paso no hay base sino una continua y agotadora invención de lo bueno.

Está pues en la naturaleza de la persona esta luz moral que sirve de guía. Los moralistas llaman a esta luz "Ley natural". Con esta luz el hombre descubre lo que está bien y mal, lo que es intrínsecamente malo. La ley natural moral radica en esa presencia, por la dimensión reflexiva del conocimiento, de la verdad del hombre como abierto y lanzado a su plenitud con Dios que se da en cada decisión de una manera espontánea. Como personas, conectamos al usar nuestra racionalidad moral lo que

vamos a hacer con nuestro ser personal, trascendente y social encontrando así la luz para caminar. Esto lo hacemos de forma espontánea y natural. Otro tema es el estudio especializado de la ley natural que realiza la ética y el análisis de casos concretos a veces muy complicados. Esos tratados son importantes, pero no debemos olvidar que la ley natural originariamente es luz dinámica y objetiva que surge de nuestro interior y en cuyo fondo se puede llegar a descubrir la luz del Creador e incluso al mismo Cristo, pero mostrar esto último corresponde al teólogo[48], aquí solo nos corresponde dejarlo apuntado para animar al lector a estudiar con hondura la moral.

Esto no significa que la voluntad tenga como tarea única querer lo que se descubre como bueno. Esa es su función básica con la que nos posibilita ser felices. Además, un bien percibido como valioso puede llegar a ser percibido como deber, el deber se apoya en el valor y este en el bien. Sin embargo, su tarea es mucho más amplia ya que además va unida a la capacidad creativa de la inteligencia, de la imaginación y del deseo; así podemos abrir nuevas posibilidades creando bienes materiales y personales nuevos. La vida del hombre no consiste en cumplir bienes, sino además en abrir y crear bienes nuevos, por eso el amor es imaginativo y creativo. Por eso la dimensión moral de la persona es un torrente generador de nuevas posibilidades. Esta es la experiencia que tienen los amantes auténticos y que tantas veces se plasma en la sociedad, también, de forma notable, en la creatividad de los santos maestros en el querer: nunca han sido seres apocados por miedo a equivocarse si no libres para inventar nuevas formas de amar.

> ***La persona como amor***
>
> Con lo que llevamos dicho es fácil darnos cuenta de que la voluntad nos define en la raíz hasta el punto de que se podría decir que la persona es el ser capaz de amar y que somos aquello que amamos. Por eso el pensador L. Polo habla del amor como de un trascendental antropológico: hablar de persona humana y de un ser capaz de amar es equivalente.

Dimensión moral de la persona: somos constitutivamente seres morales

Por el dinamismo de la voluntad cada acción libre pide ser justificada. Nunca hay en concreto acciones moralmente neutras, sólo habría acciones neutras en la medida en que se las abstrae de la concreción existencial. Para mí, profesor veterano, estudiar farmacia o filología alemana es neutro pues solo hago una consideración teórica, no tengo que tomar una decisión, en cambio para el joven que va a ir a la universidad nunca será una decisión indiferente o neutral. El hombre es constitutivamente moral, debe actuar éticamente en orden a su plenitud. El actuar libre repercute en el sujeto, pues es una acción inmanente (*pratttein*/praxis) que configura al que la realiza, que queda dentro de él.

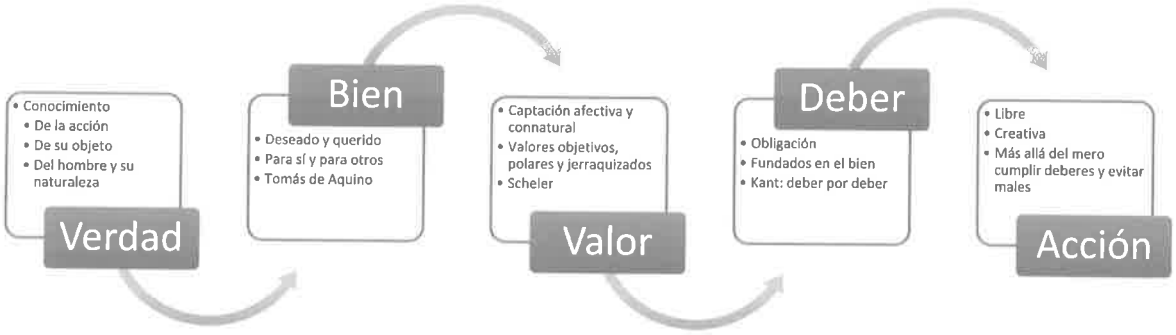
Recuérdese la acertada distinción aristotélica entre los tipos de actos humanos según la dominancia de su efecto en cuanto a la inmanencia o trascendencia del sujeto:

48. Es una de las aportaciones geniales de la Encíclica *Veritatis Splendor* de JUAN PABLO II.

1. *Inmanentes (el fruto queda en mí)*
   a. *Teoría: el fruto del conocimiento queda en mí que contemplo la verdad.*
   b. *Praxis: al decidir moralmente el fruto queda en mí haciéndome justo*
2. *Trascendentes (el fruto queda fuera, en el mundo)*
   a. *Técnica: el fruto queda en los objetos fabricados*
   b. *Póiesis (poética): el fruto queda en ese ser peculiar que es la obra de arte.*

Con la voluntad la persona responde a su vocación de realizarse en plenitud, y desde esa plenitud buscada y conforme a su naturaleza personal descubre el carácter bueno o malo de las acciones concretas. Dios y la religión no son ajenos al contenido de plenitud de la persona humana. La persona capta el valor afectiva e inteligentemente y se inclina por esos valores objetivos y trascendentes. Los valores se fundan en el bien y, a su vez el bien, está vinculado a la verdad del objeto querido por la voluntad, la verdad de su relación con la naturaleza humana y la verdad de la acción que incluye otros factores como la intención y las circunstancias que estudia la moral. Así la voluntad quiere unas acciones frente a otras, ante algunas ve que esas acciones le ob ligan (deber) y actúa libre y creativamente. Estando religados a la verdad real descubrimos los bienes reales que resultan valiosos para nosotros percatándonos de la fuerza obligativa que algunos poseen y que llegan a constituirse en deberes. Las acciones son buenas por su verdad en relación a la verdad de la persona humana. Porque son buenas son valiosas y pueden fundar deberes. Una acción no es buena porque sea un deber, en todo caso hay deberes porque hay bienes que obligan. Paralelamente el hecho de que algo sea legal o mandado no implica que sea bueno y que por tanto esté obligado a cumplirse.

Las fuentes de la dimensión moral de la acción se jerarquizan según este esquema:



Inteligencia y voluntad

Los medievales decían que la facultad la inteligencia llegaría más lejos que la voluntad, porque su objeto el ser mismo en sí y es desinteresado. Pero como en esta vida nuestro conocimiento de las cosas y de Dios es parcial, el ejercicio de la voluntad en esta vida alcanza más lejos que la inteligencia porque posee el objeto, aunque no lo conozca del todo, pues amo a Dios mismo en sí, aunque no lo conozco más que

parcialmente, y lo mismo puedo decir de mi amigo o de mi esposo, por ejemplo. El amor llega más lejos que la inteligencia.

Además, en la acción concreta hay una interacción entre inteligencia y voluntad. La inteligencia mueve a la voluntad proponiendo los bienes que la atraen y la voluntad impera sobre la primera decidiendo, haciéndola deliberar, fijando su atención, etc. De ahí que podamos querer mal o querer cosas malas ya que la marcha hacia la verdad de la inteligencia puede ser detenida por la voluntad. Podemos mirar a otro lado, prestar atención al lado que nos atrae o positivo de una decisión oscureciendo su verdad profunda, hacer que se centre la inteligencia en la bondad inmediata hasta el punto de no considerar su efecto hondo y verdadero. Pensar en cómo razona el fumador a quien el médico le ha prohibido fumar pero que sigue fumando nos puede ayudar a comprenderlo. La voluntad impera sobre la inteligencia fijándola en que no es para tanto, en que no va a ser ese cigarrillo el causante del cáncer, centrándola en el placer que produce, etc. sin darla ocasión de que muestra la verdad del cigarrillo a medio plazo. El fumador no quiere el cáncer, quiere el bien pasajero que le proporciona el cigarrillo y no es ningún estúpido, es débil y falible como todo ser humano. Eso sí, serlo no le justifica. De ahí que el intento de mejorar la sociedad por la educación sea un proyecto necesario y bueno pero insuficiente. El intelectualismo, como el socrático, no es capaz de orientar al hombre hacia el bien de manera eficaz. Cuanta más verdad se sepa mayor será la atracción del bien, pero aun así se tiene la capacidad de querer lo que no es bueno. Mejorar como individuos y como sociedad requiere el corazón y en última instancia la gracia, sin perder nunca la verdad.

Al elegir mal reiteradamente adquirimos hábitos que nos oscurecen e inclinan hacia el mal con mayor facilidad, los vicios endurecen la conciencia y su capacidad de ver la verdad moral haciéndonos perder sensibilidad para amar. También el camino inverso es potenciador de la finura moral. El mal que el hombre realiza puede llegar a convertirlo en ocasión de inducir a otros al mal, en este sentido afirma X. Zubiri que el hombre se convierte en el maligno para el otro. También el mal que hacemos se van plasmando en las instituciones sociales y en la convivencia originando estructuras de pecado[49] que aprisionan al hombre y dificultan la mejora personal y social pues ejercen presión fuerte sobre la voluntad: "cómo voy a ser el único que se resista a aprobar estas medidas que aumentarán el beneficio un 20% aunque supongan el despido de muchos que de otro modo tendrían trabajo aunque se ganase menos", así se llega a concebir la economía, p. e., como una ciencia "independiente" del hombre y de la ética, con sus leyes propias que hay que seguir caiga quien caiga. Zubiri llama "maldad" a este tipo de realidad estructural que se establece en la historia como un vector que impide la realización del amor. Este problema es complejo y requiere la atención de la ética social en filosofía y de la doctrina social de la Iglesia en teología[50].

Tanto la posibilidad de plenitud de la dinámica amorosa de la voluntad, como la profundización del misterio del mal no se pueden completar en sede filosófica, es necesario sobrepasarla y ponerse a la escucha de la dinámica del don del Espíritu

49. Expresión que tomo de *Sollicitudo Rei Socialis* de JUAN PABLO II, Roma 1987.
50. *Caritas in veritate* de BENEDICTO XVI aborda con hondura algunos de los puntos centrales de esta problemática.

que se da al hombre abierto estructuralmente en donación, y escuchar también la revelación del origen del mal que se sintetiza en el misterio del pecado original. Ambos son temas centrales de la Antropología Teológica.

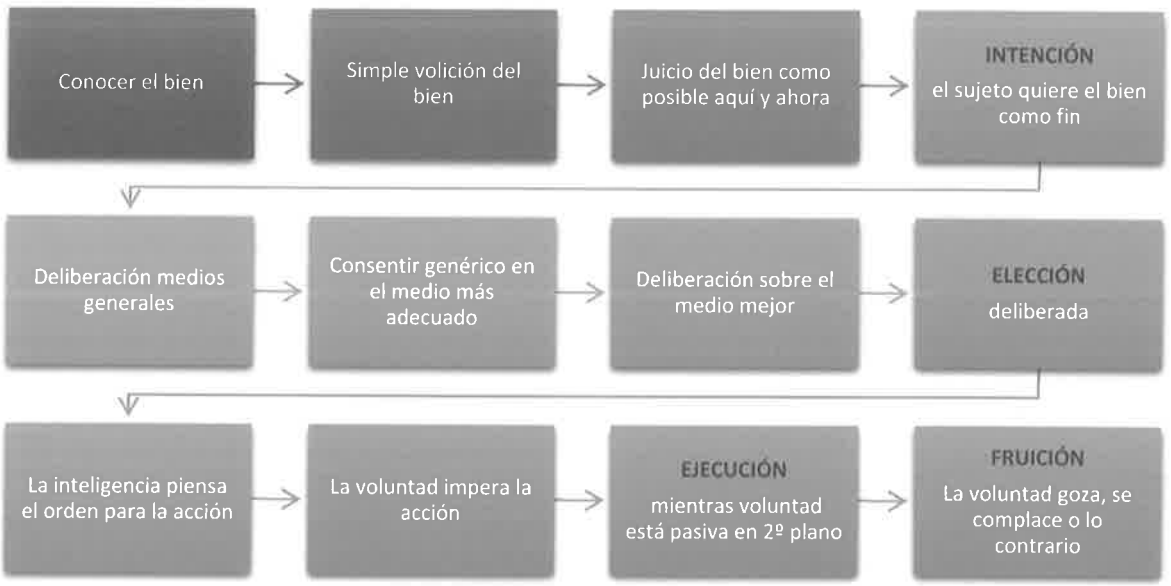
La estructura del acto humano ha sido estudiada por la psicología que distingue 4 pasos:



(TA) La filosofía escolástica estudió la estructura de la acción humana desde la interacción entre voluntad e inteligencia en 12 pasos. Lo que la psicología observa hoy confirma lo que la filosofía analiza desde su campo. El análisis tomista de la acción humana distingue tres pasos que se ven en las 3 líneas del cuadro inferior: intención, elección (que engloba el 2 y 3 de la psicología) y ejecución/fruición. Cada momento de la acción se subdivide en 4 momentos en que inteligencia (verdad y deliberación) y voluntad (querer y amor) interactúan, así las columnas impares muestran los momentos más intelectivos y los pares los volitivos.

La acción humana puede quedar interrumpida en diversas fases de este análisis, no es necesario que culmine, aunque la acción una vez comenzada tiende a terminarse.

Estructura en 12 momentos de la acción humana:



Es interesante subrayar que en los 2 primeros pasos de la "intención" aún no se ejerce estrictamente la libertad, aunque cuando culmina la intención sí hay libertad y por tanto responsabilidad. P. e., Siendo un forofo de los automóviles, si veo un Ferrari en la calle me apetece, me atrae. Este primer movimiento ante el conocimiento más inmediato es la simple volición del bien y es prácticamente automático, no es libre. Ahora si me paro ante el Ferarri para valorar su color rojo, su motor, su línea, sus propiedades y valorar cuánto me gusta y si

quiero poseerlo, ya estoy usando mi libertad y soy responsable; este es el momento de las malas y buenas intenciones, el momento en que ya, como rezamos, podemos "pecar" o "amar" de pensamiento, antes de pasar a la obra. Una persona veleidosa es la que se queda en la simple valoración positiva del bien sin llegar a quererlo realmente, a tener intención de ese bien, a convertirlo en fin para ella. Una persona llena de buenas intenciones, de las que estaría empedrado el infierno según Santa Teresa de Jesús, es la que se propone el fin, pero no pasa más adelante: buscar los medios y ponerlos por obra.

A este detallado análisis sería necesario añadir hoy el papel e influencia de la afectividad, p.e., los sentimientos ayudan a captar el bien y lo valioso, refuerzan convicciones presentes en la deliberación sobre los motivos o, por el contrario, condicionan y parcializan la valoración de los medios; también, p. e., un grado alto de miedo, puede impedir la ejecución de algo que ya ha sido elegido.

Corresponde a la ética estudiar la acción humana en su relación con el bien de la persona y ayudar así a clarificar el camino del hombre hacia su plenitud: mostrar lo que moralmente está bien y está mal. El objeto de la ética parte del hecho de que en el obrar diario de cada persona humana esta actúa moralmente, su acción es intrínsecamente moral y encaminada a la plenitud, ahora bien, el estudio científico que realiza la ética le ayudará a clarificar, ahondar y hacer más fácil su camino. La ética deberá tener en cuenta entre sus fuentes los datos que la antropología filosófica le va dando: persona y naturaleza, fin último del hombre, estructura de la acción humana, etc.

Como el hombre no es un ser individualista hay que considerar la vinculación esencial de la acción de cada uno con la sociedad y la historia. La acción del hombre no es un verso suelto en su vida personal, forma parte del poema de su vida. De igual modo cada acción nuestra no es una acción individual y aislada, sino que aún la más oculta influye en nuestra vinculación con los demás hombres, el mundo y la historia. Como ha descubierto Lévinas cada uno de nosotros además de ser responsable de sí mismo, también es responsable de los demás y del mundo, no en el sentido de que yo tenga la culpa de lo que deciden otros, pero sí en el sentido de que el horizonte de mi actuación debe acoger la llamada a contribuir al crecimiento de los demás y de la historia. No es construcción de humanidad la postura que aísla la propia decisión de su vinculación con los demás, renunciar a la responsabilidad común es ya una forma de actuar que implica una calificación moral negativa, esa renuncia es renuncia a la propia humanidad como han puesto de relieve los estudios de Kant sobre el mal radical y Hannah Arendt sobre la banalidad del mal.

El dinamismo afectivo del hombre: el corazón y el sentimiento

Junto a la facultad de conocer y de amar, la persona humana se manifiesta en un tercer dinamismo: su afectividad, lo que constituye nuestra dimensión sentimental. Los sentimientos no han sido estudiados a fondo por la filosofía hasta hace muy poco y todavía se discute sobre su naturaleza y alcance sin que se haya logrado unanimidad en muchas cuestiones, sin embargo, es mucho lo que se va sabiendo de ellos, y esto es de gran valor, pues ¿cómo vamos a comprender quienes somos sin integrar nuestro deseo, nuestra capacidad de belleza, nuestras emociones?